

INTRODUCCIÓN

Por DARIÓ VALCÁRCEL LEZCANO

El Grupo de Trabajo número 1 ha dedicado el curso 1995-1996 a un asunto no precisamente fácil, el futuro de Ceuta y Melilla. Es una cuestión de notable complejidad, por lo inseparable de la política exterior de España en su relación con Marruecos, la posición española en el Estrecho y, más ampliamente, el riesgo de nuevas tensiones y desequilibrios en el Mediterráneo. Nueve ponentes han trabajado sobre siete distintas ponencias, cuyos textos han adquirido un cierto grado de unidad y coherencia, gracias al trabajo de coordinación llevado a cabo por el profesor coronel Gonzalo Parente, en funciones de secretario.

El otro coordinador del grupo, que firma estas líneas, debe anticipar una aclaración: todos los integrantes del equipo han desarrollado su tarea en régimen de plena libertad académica, lo que no siempre se da cuando se estudian —aunque sea, como en este caso, sin entrar en problemas concretos de defensa— asuntos que afectan a la Seguridad Nacional. En este punto, es de justicia subrayar el clima de respeto a la investigación y al pensamiento independiente con que hemos trabajado en el CESEDEN.

Los coordinadores han valorado las siete ponencias como capítulos de un mismo estudio. Una primera conclusión: la relación España-Marruecos se ha transformado profundamente desde hace diez años, es decir, desde que España forma parte de la Unión Europea (UE). Cabría decir que no es menor el cambio derivado del ingreso de España en la Alianza Atlántica. Son tratados radicalmente distintos, cuyo alcance es bien conocido. Pero vale la pena insistir en este punto de partida, menos obvio de lo que pudiera parecer. La relación hispano-marroquí se ha modificado de raíz.

El Reino magrebí ha evolucionado lenta pero continuamente a lo largo de las dos últimas décadas. España dio, en otoño del año 1995, un giro radical: no ya por la desaparición brusca de un sistema basado en la concentración de poder personal, sino por la rápida evolución de España en 1976-1980 hacia la democracia liberal y pluralista, común a las 26 naciones libres y desarrolladas que agrupa la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico. Esa integración española en el marco comunitario de un lado, de otro en el marco atlántico, ha proporcionado a los dos Estados del Estrecho una situación más distendida, más franca, también más segura.

El lugar común es en ocasiones inevitable: Marruecos y España son dos vecinos obligados a entenderse. Pero es todavía muy ancho el foso que separa dos sociedades tan próximas, no sólo en el ámbito geográfico. Españoles y marroquíes han tenido, en distintas etapas históricas, siglos de esplendor: no sólo en el plano de la fuerza territorial y militar. Ambos han compartido distintas y poderosas culturas, dos grandes religiones —no tan distantes como se pretende— y grados diferentes de retraso tecnológico en un momento crítico, los siglos xix y xx, cuando el mundo occidental emprendía su gran giro histórico —el más profundo del segundo milenio, después del Renacimiento— en Centroeuropa y en el norte de América.

Sobre sus diferencias geográficas, institucionales y culturales, Marruecos y España están comprometidos en la empresa de mayor alcance de este fin de siglo: la modernización de las dos sociedades, su apertura hacia la libertad del pensamiento y la creatividad, de una parte, hacia el avance tecnológico de otro. Los círculos dirigentes marroquíes, con el Rey a la cabeza, parecen haber comprendido la urgencia del compromiso: unos años, incluso unos meses de retraso, pueden dejar en este tiempo pueblos enteros fuera de los circuitos de crecimiento y desarrollo. Las reglas de una economía más interdependiente, más globalizada y libre, no contarán con los sistemas empeñados en mantener el dirigismo de mediados de siglo.

Creemos que en este marco, es decir, el de la real dimensión de los problemas, no es conveniente prolongar conflictos menores que el diálogo y la negociación —es decir, la inteligencia— permiten controlar. En torno al problema histórico de Ceuta y Melilla —un problema distinto pero paralelo al de Gibraltar— España y el Reino marroquí han dado ejemplo de paciencia, prudencia, convicciones firmes y verdadera flexibilidad. Un ejemplo del que las dos naciones protagonistas del contencioso sobre el Peñón deberían tomar nota.

Varios de estos trabajos subrayan una realidad, escasamente discutible: frente a los modelos dominantes en el norte de África, el grado de libertad ciudadana, de debate público y derecho a la discrepancia admitido en el Reino de Marruecos no tiene comparación posible con ninguno de los Estados al norte del Sáhara. Tampoco al sur, si se exceptúa el proceso democratizador de la nación surafricana, ejemplar en tantos aspectos. España desea que las instituciones marroquíes, quizá demasiado dependientes de la personalidad, más que notable, del rey Hassan II, se asienten con firmeza. Los españoles respetarán —debe darse por seguro— la distinta raíz de una cultura próxima pero fuertemente condicionada por el arabismo y el islam. Pero al mismo tiempo es cierto que en Marruecos, como en España, se ha asentado una gran clase media, creciente en influencia y en número. España necesita a Marruecos, no sólo por el volumen de los intercambios comerciales y tecnológicos, sino por motivos profundos de seguridad común. Marruecos necesita a España como puente natural hacia la Europa del Mercado Único y las tecnologías de vanguardia.

La primera necesidad en torno al diferendo que ambas naciones mantienen sobre las dos ciudades de la costa africana, es el estudio. No hay verdadero diálogo ni posibilidad de entendimiento sin estudio.

Pero hay que añadir algo más: el problema de Ceuta y Melilla es un problema de gobiernos pero también afecta a la opinión pública de las dos naciones. En este sentido, el Grupo de Trabajo número 1 del CESEDEN se dirige más a la opinión pública nacional que a las autoridades españolas.

El politólogo Alejandro Klecker de Elizalde ha analizado los aspectos demográficos de Ceuta y Melilla. El coronel de Estado Mayor Ricardo Martínez Isidoro ha estudiado lo que representan las dos ciudades en el esquema de la relación hispano-marroquí. Dionisio García Flórez y el coronel Rafael Cámara han abordado, desde distintos ángulos, los problemas económicos y sociológicos que envuelven a la región magrebí, concretamente al área norte de Marruecos en la que se centra el estudio. Jesús Núñez, investigador del Centro Europeo de Relaciones Internacionales, ha analizado otro frente de la relación España-Marruecos, el de la cooperación económica. El coronel Miguel Segarra actualiza las cuestiones centrales que determinan el ámbito más amplio del Mediterráneo, las relaciones de los dos Estados y las dos orillas: coordinación de los europeos de un lado —ante la UE en construcción— y proyecto del «Gran Magreb» de otro, con la incertidumbre acentuada de Libia y Argelia. Por último, el

teniente coronel Jesús R. Argumosa estudia el encuadramiento estratégico de las dos ciudades y la nueva perspectiva de estabilidad España-Marruecos.

Objeto del estudio

El tema de Ceuta y Melilla ha constituido un foco de sensibilidades, tanto para España como para Marruecos; en esta ocasión, el grupo de trabajo ha buscado la forma de convertirlo en un elemento de cooperación entre ambas Naciones, dentro del marco que estableció la Conferencia de Barcelona para los países mediterráneos.

EL COORDINADOR DEL GRUPO DE TRABAJO